II

PEPE.

—

ASI fué como á mediados de Julio me encontré colocado en la Secretaría particular del señor Gobernador, en calidad de escribiente; prévia cierta información corrida para averiguar mi orígen, educación, y antecedentes, con el fin de calcular el grado de confianza que podía hacerse de mi discreción y sensatez. Toda ella salió á la medida de mi deseo, pues el padre Quebradillo declaró

que tenía yo más prendas que casa de empeños y aun certificara mi entronque con el emperador de las Rusias, si tal requisito se exigiera para sacarme de su casa y alejarme de su mesa.

Sin embargo, aun permanecí en la una y me senté á la otra durante cinco días más, que fueron bastantes para que yo me hiciera de relaciones con algunos oficinistas, los cuales me invitaron á vivir con ellos, entrando á escote en gastos domésticos.

Así se hizo, y con el precio de mi caballo, que vendí al primero que quizo hacer postura, me avié de los indispensables muebles para comodidad mia y adorno del cuartucho que mis compañeros me destinaron en la pequeña, mal untada y peor barrida casa en que vivian.

Eran mis compañeros, un escribiente del Congreso, que aunque procuraba parecer malicioso, no lograba encubrir los ribetes de su sandéz, y otro de la Aduana, que trataba desde hacía un año, con fe y constancia, de completar un soneto amoroso, primero que escribia y que bastó para ablandarle los sesos. Pero

falta lo mejor: el tercer habitante de aquella casa. Era este un hombre indefinible, de quien algunos creían que contaba veinte años, y que yo en más de una ocasión juré que alcanzaba los cuarenta. De escasa estatura, ancho y anguloso, no muy provisto de carnes ni de barbas, abundante en cabellos jamás tocados del peine, serio las más veces y risueño y festivo algunas, acusaban sus ojos malicia, penetración y vivacidad, como sus delgados lábios, burla, sarcasmo y disposición á las malas palabras.

Todo el mundo le llamaba Pepe Rojo. Yo no le conocí oficio ni beneficio; pero ello es que él pagaba su escote con religiosa puntualidad. Cualquier día se nos presentaba con el libro bajo el brazo, anunciándonos que tenía solicitado un exámen de Derecho internacional, administrativo ú otro, y durante quince días creíamos que era estudiante; pero al cabo de un mes nos explicaba, que habiendo tropezado con dificultades que le oponia la parcialidad de alguno de los profesores, reservaba el exámen para más tarde y mejor ocasión, y entónces el Wattel desaparecía de su cuarto, con probabilidades de haber ido á una casa de empeños en espera de la mejor ocasión que su dueño aguardaba.

Leía muchos libros que parecian prestados, segun entraban y salían, quedando tan poco tiempo en casa, que apenas podía yo imponerme de sus títulos y leer algunas páginas. Y en verdad que con tan diversa y variada lectura, hecha á vapor, no sé como aquél hombre no perdió la cabeza. *Los Girondinos*, *El Periquillo*, *La Física de Brisson*, *El Album de las Flores*, *El Tesoro del Parnaso Español*, *El Príncipe de Maquiavelo*, *los Cuentos de Dickens*, *las Leyes de Toro*, el *Alvarez*, y muchos otros libros que jamás pudieran tener concordia ni armonía entre sí, eran devorados por el estudiante con la misma avidez, sin contar los periódicos de todos tamaños, colores y condiciones, que leía desde el título hasta el último anuncio.

En ello gastaba la mayor parte de su tiempo, consumiendo el resto, ya en improvisar versos de cierta chispa con que desesperaba al desdichado Julián, autor del inacabable soneto; ya burlándose del simplísimo Cle

mente, ó haciéndole rabiar con hablarle de sus jefes los señores diputados.

El día que fuí presentado á él, se me quedó mirando fijamente y charló un rato conmigo con cierta gravedad; pero á la postre, frunció ligeramente los labios y me dijo:

—Muy bien, señor Quiñones, muy bien. Esta vd. en buen camino. Yo tengo la creencia de que la patria suele ser una mala madre; pero que es siempre una excelente nodriza.

Y por lo mismo que se quedó tan serio, yo tuve que reirme, aunque aquello me molestara un tantico.

—No se ría vd., añadió; esto va en serio. Celebro que tenga vd. alcances más maliciosos que este par de muchachos, pues habrá en casa con quien hablar; pero no adelante vd. las narices de su perspicacia, porque podrían remacharse contra la esquina de mi formalidad. La patria es, como madre joven, incauta y descuidada, y más repara en satisfacer los caprichos de los niños que en corregir sus yerros y llevarlos por el camino de la buena crianza. Esta es la base de mi teo-

—Ya en otra ocasión indiqué á vd., señor, que el Coronel no me quiere.

—Es verdad. Y por supuesto que Cabezudo, con su carácter feroz, da una vida de perros á esa pobre niña.

—No, señor; respondí ingenuamente. La quiere como á las niñas de sus ojos y la mima como una madre.

—¡Sí! exclamó admirado Vaqueril, y aun quizá picado. Pero me dicen que es muy miserable; de suerte que la sobrina no tendrá nada de lo que desea.

—Lo contrario, señor; dije, ya con malicia é intención; en mi pueblo todo el mundo sabía que Remedios tenía, no sólo lo que deseaba, sino mucho más. Don Mateo es muy franco; pero tratándose de su sobrina es pródigo.

—Sin embargo, replicó el Gobernador, algo amostasado yo campadezco siempre á esa niña tan hermosa y que revela buenas inclinaciones, cuando considero la educación que debe de haber recibido. En manos de Cabezudo, de seguro que aprendió mil defectos y ninguna virtud.

Cuando iba á contrariar por tercera vez el empeño de D. Sixto de encontrar un lado vulnerable á Remedios, Miguel entró en la oficina y detuvo en mis labios la palabra.

Desazonado á mi vez, me retiré á una mesa, mientras en la otra comenzó el acuerdo; pero tal fué éste, que quiero en sustancia referirle, para que quede asentado por escritura y pase á la memoria de la gente.

Comenzó por algunas cartas de poca importancia, que no dieron lugar ni motivo á razones dignas de referirse; pero tocó su vez á alguna de más cuenta, cuyos conceptos no escuché; pero que fué causa de que Miguel dijera:

—Creo que esto no se concederá.

—Sí, hombre; tenemos que concederle á este pobre ese empleo en que al fin y al cabo no nos perjudica.

—Pero, señor; replicó el joven, ¿no es este mismo el Pasquín que estuvo de Juez en Santa Teresa?

—Cabalmente.

—Pues este Pasquín se quedó en aquel

juzgado con tres depósitos, y ponía á los reos en libertad por tanto más cuanto.

—Pero, hombre; vd. siempre con su manía de buscar inmaculados! Convénzase de que eso no es posible; no, señor; ni siquiera conveniente.

—¡Acaso no hay gente honrada en el Estado! exclamó Miguel con enérgica expresión.

—Pues no hay remedio, dijo Vaqueril en tono de punto final.

—Si vd. quisiera.....

—Vamos, hombre; añadió el Gobernador bajando la voz; Pasquín está casado con una sobrina de Pérez Gavilán, y yo no he podido negar á éste el servicio. ¡Ya sabe vd. lo que es Pérez Gavilán!

—¡Siempre ese caballero! murmuró Miguel.

—Deje vd. de odios, Miguelito; no sea vd. niño.

Y pasaron á otra cosa. Quise dedicarme á poner en orden un legajo, y aun andaba en las preliminares de mi tarea, cuando el joven exclamó:

—¡No puede darse mayor descaro! Ese distrito no da un centavo al fisco, y este bribón ni siquiera lo disimula No tolere vd. más semejante conducta, ó el ejemplo cundirá.

—Convenido que es un bribón; pero ya yo lo sabía desde que le nombré Recaudador. Hombre, le digo á vd. más: para eso le nombré.

Y miró con aire de vanidad á Miguel.

—¡Pero es posible, señor!

—Sí, hijo; para que se entretenga y no nos moleste. Es un hombre que mueve el distrito con un dedo, y á no ser por ese empleo se mete con Baraja cuando el plan de Venta-quemada, y la cosa se pone seria.

Armóse una discusión acalorada, enmedio de la cual Miguel tomó la palabra con brío; y con inspiración digna de la tribuna popular, lanzó los más terribles cargos contra aquel sistema escandaloso. Se había puesto en pié, y con el rostro encendido y los ojos chispeantes, hablaba con la elocuencia propia de los oradores de buena fe en causa honrada. Cuando terminó su discurso, Don

ría. Todavía gusta esta buena mamá de bureos y zarandajas, de donde resultan á los niños on pocos chichones en la frente, muchas impertinentes obstinaciones y una educación fatal. Vd. la toma de nodriza y hace muy bien; nada más hay que tener eso como única idea, sin llegar á encariñarse con aquella hasta declararla madre, porque entonces todo se pierde. Nada, señor Quiñones; os claro que madre joven no puede tener hijos con barbas: somos niños, estamos en la época de la lactancia.

No dejó de picarme aquella primera vez el discursillo de Pepe; más á poco, cuando hube conocido su humor y su chispa, era una de mis más agradables distracciones oir de su boca los largos párrafos filosóficos, políticos, científicos ó literarios que traia siempre en la tetilla de la lengua. telilla

Pero nada me agradaba tanto como pedirle informes de algún personaje del poder, pues sobre instruirme en materia de tanta entidad para mi, por la fidelidad del pincel con que retrataba, añadia á sus figuras ciertos rasgos caricaturescos de mucho nervio y gracia.

Un dia le pregunté qué clase de persona era el Secretario particular; mi inmediato jefe; y Pepe desató el hilo y echó el ovillo á rodar de la manera siguiente.

—¿Miguelito Labarca? ¡Oh! es un muchacho simpático y agradable. Fué mi condiscípulo y recibió el título de abogado hace cinco meses. ¿Bonita estampa, verdad? Con su ancha frente, sus ojos pardos más francos que penetrantes, el bozo de colegial y su gallarda apostura, parece que nació para diputado. Ya ve vd. que lo es antes de tener la edad que la ley exige. Ha sido muy precoz. De quince años hizo unos versos muy malos y los leyó en la noche de un quince de Setiembre; pero como el auditorio era peor que los versos, los aplaudió frenéticamente. Al siguiente año los volvió á leer en la misma solemnidad y parecieron mejores. Después publicó sonetos eróticos por el estilo del de Julián, y al cabo llegó á ser el improvisador de todas las comilonas y el niño mimado del bello sexo, que ha sido siempre muy fuerte en literatura. Agregue vd. que el señor su papá le conseguía en el colegio medallitas de cobre dorado

para la solapa, y vendrá vd. á comprender cómo nos hemos visto todos en el caso de confesar que es muchacho de mucho talento. Y como esta buena gente crea una cosa, ya se puede contar con que se extenderá á cinco mil disparates. Convenido y acordado que Miguelito es poeta, se infiere que es orador, que es buen abogado, que es sagaz, que es profundo, que es valiente, y por último, que es político. Todo eso se lo cree él mismo de buena fe.... Y vea vd., si tuviera más talento del mediano que posée, no serviria. No hay cosa que más estorbe que el talento claro y firme; porque no consiente conformidad con los tontos. Miguelito es capaz de pensar algo bueno; pero se puede acordar facilmente con los necios más acabados.

Sobre el fondo oscuro de esta palabrería, veia yo destacarse con perfecta claridad la figura del joven diputado, así como ejercitado lápiz hace aparecer entre toscas rayas una fisonomía conocida con extraordinaria semejanza.

Pepe continuó:

—No crea vd. por lo que digo, que Miguel

Labarca es un farsante de oficio ni de malos sentimientos. No, señor; cree de buena fe lo que todo el mundo dice. Sus sentimientos han sido naturalmente nobles; pero algo los encanalló el bueno de su papá con las medallitas del colegio, enseñándole con ellas que existe en el mundo la venalidad, y que es bueno aprovecharla. Me consta que cuando era estudiante se indignaba al saber cualquiera infracción de nuestras leyes; pero eso nada tiene de particular puesto que no era todavia político y le faltaba mucho mundo; ahora que le hicieron diputado á los veinticuatro años, la razón política le parece superior á todo. Niñerías: ya sabemos que entre los buenos principios y la política hay la misma distancia que entre el derecho y un expedientazo de dos mil hojas de papel sellado. Ahora sí está en camino de llegar á maestro, porque gracias siempre á los buenos oficios de su padre, además de ser diputado ha conseguido como encargo honorífico el de escribir la correspondencia privada del Sr. Don Sixto Liborio Vaqueril, de ese hombre que con tanto acierto guia la nave del Estado en el mar

de la política. Cuando el tal Don Sixto oyó las pretensiones del viejo Labarca dejó caer la baba; porque jamás había imaginado cosa tan peregrina; y eso de tener un abogado poeta y orador para escribir sus cartas le ofuscó los turbios ojos del entendimiento y aceptó los gratuitos servicios de Miguel. Desde entónces figura este en primera línea entre los hombres de influencia y porvenir: así lo creen todos y él tambien. Dentro de poco él no lo creerá pero procurará que los demás no dejen de creerlo. Queda encargado el Sr. Don Sixto Liborio de enseñar á Miguelito como maestro de práctica, y yo le aseguro á vd. que Miguelito aprenderá, aunque haciéndole justicia hay que confesar que se resiste á las primeras lecciones.

Tal era en realidad mi guapo jefe, á quien después llegué á conocer tanto como aquel estudiante original.